

Á. Álvaro Martín del Burgo

SEGÚN CONTABA EL MOLINERO  
O EL OFICIO DEL VIENTO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°85—

MADRID • MMXVIII

De la obra © : ÁNGEL ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Fotografía de cubierta © ÁNGEL ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO (*Vista de Hamburgo*)

Fotografía de la página 36 © SOFÍA NAVARRO ESCAÑO. *La Côte* (Côte d'Azur)

Fotografía del autor en solapa © MARÍA DIEZ

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Mayo 2018

I.S.B.N: 978-84-948260-5-4

Depósito legal: M-12094-2018

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*En recuerdo a mis abuelos.  
Lo esencial permanece,  
las raíces nos anudan  
y la memoria nos hace.*

[www.cuadernosdelaborante.com](http://www.cuadernosdelaborante.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*Lo que se necesita es ser natural y calmo  
en la felicidad o en la infelicidad,  
sentir como quien mira,  
pensar como quien anda,  
y cuando se va a morir, acordarse que el día muere,  
y que el poniente es hermoso y es hermosa la noche que permanece...  
Así es y que así sea...*

FERNANDO PESSOA, *El guardador de rebaños*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## NOTAS AL PROGRAMA

La poesía es una canción de máscaras, certera pero llena de misterio, extranjera siempre; y aún con todo, somos en ella reconocibles más que en ninguna otra tierra. La poesía nos reencuentra con otros tiempos de nuestra vida, nos ofrece el propio ser en integridad, conjuga la vida y la muerte en una misma palabra.

Caminar los paisajes humanos, transitar los claroscuros del hombre, los bosques, adentrar la negrura, prender luz: eso es la mirada poética y eso es la voz de los poetas. El poeta atestigua, da cuenta de... La poesía es una inmersión, un *sumergirse*, una búsqueda del hombre con los hombres, escanciando siempre lo esencial. Es un atisbar fronteras y poner en juego los límites: la finitud y los límites son la condición del hombre y de las cosas, pero qué arcanos, ¿no es cierto? Recurrimos al mito y al poema para revelarlos, la máscara los hace comparecer.

En verdad el tiempo es la frontera del hombre, lo hace y lo desvive. El tiempo que somos, entrecruzado por el mundo y la muerte, da sentido a la vida que nos hace. Quizá sea ciertamente este el problema de la filosofía, y ante todo, la cuestión griega.

Hay una experiencia en la que esto se le hace al hombre infinitamente manifiesto: ante el sentimiento de nostalgia. Tener nostalgia es sentir y encarnar el propio ser, que pasa, saberse finito, sentirse fronterizo. Esto es la nostalgia, que enraíza en el cuerpo: el deseo y el añorar. La nostalgia, ante todo, nos muestra lo esencial, aquello que nos hace, nos recuerda al tiempo de infancia, los lugares que habitamos o lo

que amamos, lo vivido y las costumbres que nos tallaron: somos por entre lo bello y lo inconsolable. La nostalgia hermana la memoria y la vivencia, reconcilia lo esencial con la sensación de lo pasajero, es la ligazón de todos los tiempos de nuestra vida y, en ese sentido, nos llega a ser quien somos. La nostalgia nos ronda del propio ser en una unidad que no conocíamos.

Este libro de poemas es un cancionero de la nostalgia, entonada en muchos de sus registros, y quizá se entienda ahora por qué en ese sentido es este un poemario en general sobre la verdad del hombre y sus paisajes. Del hombre que habita un cuerpo mortal y que se sabe siempre ya en despedida, del hombre para el que cada soplo es un adiós, ligero y definitivo, del hombre caído del Paraíso que vive, libre y hacedor, a partir de su propio *hacerse cargo de la muerte*, que no es otra cosa que dar cuenta del propio ser como tal o asumir el propio *poder ser*. La muerte no es un momento más en la lista inmensa de momentos que hacen la vida, no es un momento último, sino que carga de significado retrospectivamente cada uno de los momentos del hombre, tornándolos con sentido, haciendo la línea de la vida, abriendo el ser y el mundo. Y hay el mundo porque el cuerpo lo habita y porque el Logos lo articula: *somos un Diálogo*, decía Hölderlin, y un Diálogo en el tiempo. El lenguaje hace el mundo: la razón, el hambre y el amor lo mueven.

El nuestro es el mundo de la generación y de la corrupción, de la contingencia. Tomamos parte en todo ello, y hay también los ciclos, las estaciones que se suceden, las repeticiones, las generaciones, las edades del hombre y algo, un orden del mundo, que permanece. Aristóteles decía algo certero y muy hermoso. Hablaba del mundo divino, eterno, inmóvil, incorruptible, y hablaba también del mundo ya no



divino, sino «sublunar», el nuestro, en movimiento. Pero uno se mueve para no tener que moverse ya, el mundo nuestro se mueve para imitar al mundo divino, buscando esa completitud y esa perfección. Tomamos parte en ello y en tal medida somos esa búsqueda. Hay un orden del mundo que se repite una y otra vez, como un sacrificio y una danza, las olas que baten una tras otra, las estaciones, las generaciones sucediéndose, etc.: ¿para qué tanto, para qué todo esto? El mundo se hace por sí mismo y nada más, por ese mismo empeño de hacer y repetir; se hace sólo para repetirse, para perseverar, para ser, ser en ese ciclo, permanencia y cambio, para moverse buscando no tener ya que moverse, a imitación de lo divino, y lográndolo justamente en ese mismo *ser, mover y, en ello, «mantenerse»*. Idénticamente ocurre con nosotros: vivimos por vivir, simplemente, hasta que un día (el tiempo es suficiente porque es cuanto somos) hemos cumplido y marchamos con calma. Debemos bienvenir nuestra condición mortal con alegría y contento: sólo donde hay muerte hay oficio de mortales. El hombre y el mundo entrecruzan algo que muere y algo que permanece, miden el ser, el movimiento y el reposo, y una vez más esto se nos hace evidente ante la experiencia de la nostalgia.

*Según contaba el molinero o El oficio del viento*, poemario de la nostalgia, tematiza todo esto. Hay mucho de homenaje a los cancioneros y ciclos de lieder, a la poesía romántica, al menos en su imaginario de símbolos: el molinero, que conoce nuestras historias y los paisajes del ayer, y el viento, que alentamos y que sopla donde quiere, muchas veces nos lleva. Nos acompañan también los pájaros, que vuelan libres sin casa y migran buscando el cielo; las aves de paso viajan y, al tiempo, hacen regreso. Cantamos a los lugares, los espacios del mundo que el hombre vive y que convierte

habitables. Los lugares acogen la vida y terminan siéndola, hacen el hogar y la casa o tornan viajero al hombre. Hablaremos mucho del viaje, porque al fin y al cabo nuestra condición es la de siempre ya ir marchando. Vamos en ruta y quizá a veces hacemos jornada. Pero nuestra lengua es el idioma del adiós, y quizá por eso contamos de los caminantes, los alpinistas y peregrinos, los vagabundos, los emigrantes y las gentes que son su tierra y hacen el pueblo y la raza. También hay poesía de amor, porque si somos es en el otro, entregados, en comunión. Amor que es erotismo, pero también el amor fraterno, la ternura y la compasión, la vida en común y la condición amorosa del hombre como apertura y exploración. Los amantes, los pájaros y los peregrinos son la búsqueda poética del hombre, la indagación, el reencuentro del ser y el recobrar del tiempo: son en esencia el enfrentar los límites, la finitud, el jugar los márgenes, el sentirse fronterizo porque Justicia es tener lo propio y ser lo que corresponda.

Más allá de todo esto, ¿qué nos queda, qué cabe aguardar? El farero, desde su torre del fin del mundo, que orienta y limita la tierra y acecha nuestras fronteras, nos lo revela con poesía y misterio: *las noches más bellas y las más remotas*; duda o suave buen morir, la esperanza o la calma, la promesa o la paz. Es apacible no esperar, llegar conforme, desgastadas las botas y repletas las alforjas: quien alcanza el faro habiendo hecho ya su viaje ha recogido en verdad mucho, lo que corresponda, y no teme zarpar ahora. *Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage*<sup>1</sup>.

---

1. Joachim Du Bellay: *Feliz quien, como Ulises, ha hecho un bello viaje.*

## 1. Saudades y penas

*No me cantes, hermosa, las canciones  
de la triste Georgia,  
porque a mí me recuerdan otra vida  
y unas lejanas costas.*

A. PUSHKIN, *No me cantes, hermosa, las canciones...*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## De lo alto, una veleta al viento

Cuando quiere el viento sopla en los tejados  
y la veleta apunta y encamina,  
inesperada como un indicio del cielo.  
El camino del viento no se sabe,  
y quien se deja llevar  
viaja, libre e incierto,  
a donde corresponda.

La palabra del viento no mira atrás,  
pero cuánto hemos dejado en el Sur  
la tierra y los naranjos,  
y qué lejos queda todo,  
el camino y lo andado.

El recuerdo y la lágrima cantan  
al marchar, dulce plegaria,  
y la madera envejece,  
pero el árbol muerto es noble y sereno  
y las raíces lo anudan al barro.

La veleta mira desde lo alto  
y la flecha nos lanza  
una enseñanza del tiempo.

La promesa del aire encamina.  
Y el Sur,  
que hemos dejado marchar sin saberlo,  
regresa en el sabor a naranjos y madera vieja.

## La tarde de verano es una alquitara<sup>2</sup>

Dedicado a mi abuelo Isaac.

En las tardes de verano, cuando el calor se retira,  
los contornos lucen violetas  
y resplandecen más estrechos y más bellos.  
El cansancio del día se traslada al paisaje  
y el fulgor es otro:  
nuestros ojos lo descubren con gratitud,  
el ánimo brota y la dicha lo enriquece.  
El espíritu emprende el regreso a su sitio,  
renacido porque es verano y otra vez  
hemos vuelto al hogar de antaño y al pueblo  
de cuando éramos chicos,  
donde aprendimos el amor y la vida.  
Ya viejos, regresamos al verano.

La tarde es una alquitara.  
Y cuando la luz pasa, entre violeta y grisácea,  
y el cansancio del día suaviza los contornos,  
entonces el paisaje destila un aire  
que no acaba y no pasa.  
Debemos volver de a poco al campo  
porque las raíces son contumaces y nos anudan  
a las viejas cosas.  
Allí todo se comprende, con nostalgia y sin rencor,  
en la resina de pino que huele a infancia  
y en el calor en retirada como tras una tarde de juegos:  
la vida interior se hace al aire libre.

---

2. Alquitara: instrumento artesanal utilizado para destilar al ser calentado.

El verano nos devuelve al hogar  
y al tiempo nuestro, que fueron ya hace tanto.  
Los días alquitaran lo esencial  
que permanece siempre.  
Eso es sencillo y bueno, como una sombra  
que va tornando violeta tras la tarde de verano.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## Anudados al Cielo

Dedicado a Juan Manuel Fabre.

*Solo la luz que cae continuamente del cielo  
le proporciona a un árbol la energía que  
hunde profundamente en la tierra las raíces.  
En verdad, el árbol está enraizado en el cielo.*

SIMONE WEIL, *Escritos de Londres*

Los cantos de Josquin<sup>3</sup>  
me han acogido  
en una catedral de roca fuerte, hecha en luz y altura.  
Allí he conocido el espíritu que no tiembla,  
los ojos que ven y la voz que serena.

En Josquin  
el canto vuela y no cesa,  
como una verdad inmensa  
que, elevándose, sana y puede.  
El coro marcha, perenne,  
las líneas corren —¡siempre adelante!—  
y las notas largas respiran lo eterno  
y enseñan que prolongarse es suave y es cierto.  
Y qué música y qué canto que no teme,  
ajeno al mundo  
porque esta era la palabra  
de los hombres enraizados en el cielo.

---

3. Josquin des Prés (1450-1521): compositor franco-flamenco de música.



En Josquin, y en tantos otros,  
he sentido la paz y el aliento de estar a salvo.  
Y por vez primera la fe ya no es quebradiza.  
Pero cuántas veces después  
he tenido nostalgia de la fe y la calma.  
Añorar la luz y buscar a tías, y el silencio...  
Yo he querido a los árboles  
y los he admirado, porque ellos están enraizados  
[al cielo.

Pero nuestra fe, ¿dónde quebró?  
¿Cuándo perdimos la mirada alzada?  
¿Quién nos desanudó del cielo?

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)